

LA INSÓLITA HISTORIA



DE LA MUJER QUE SE NEGÓ

A SER HOMBRE

OLIVIA AGUAYO Y JOSÉ TERÁN DÁVILA

La insólita historia de la mujer que se negó a ser hombre está basada en hechos reales y es un tributo a todas las personas transexuales del mundo cuya identidad no coincide con su género. María Magdalena es uno de esos seres atrapados en cuerpo y alma que no sabe si es hombre o mujer y que durante muchos años fue víctima de encierro, vergüenza, temores y acusada por la sociedad como un ser extraño...

pero su vida cambió para siempre.

La insólita historia de la mujer que seOlivia Aguayo & José Hilario
negó a ser hombre Terán Dávila

1

Las tablas que cubren la ventana de María Magdalena ceden paso a los rayos de luz y a una centuria de polvo. Los orificios le hablan de un mundo exterior que no comprende. El cosquilleo en su pene es más intenso conforme la visión se esclarece. Las pantorrillas de una chica que pasea en bicicleta se contraen al ritmo del movimiento circular de los pedales, provocándole una sensación de humedad en la entrepierna.

Un grupo de muchachos se detienen a charlar. El más alto lleva una camiseta sin mangas. Gotas de sudor resbalan por sus hombros como un manantial de agua salada. Se imagina rodeada por esos brazos húmedos, quiere alcanzarlos, pero desde el encierro, sólo alcanza a percibir imágenes de vida. Un joven abre la boca para soltar una carcajada, los enormes dientes amarillos se le antojan como mazorcas, de esas que corta complicada en una tabla.

El olor a café que brota de una olla que no puede ver, le resulta romántico. Llega a la nariz, baja al corazón y se detiene en la garganta haciéndole salivar. Cierra los ojos por un momento para imaginar qué es lo que provoca ese

dulce olor. La canela en el ambiente, le recuerda el impreso de un campo verde deslizado por la puerta de su casa que guarda celosa bajo el colchón. Tan distinto al horizonte polvoriento que mira por los huecos de la ventana.

Un ruido le arrebató el vaivén de sensaciones. Se acomoda la falda y baja del banquillo de un movimiento. Se acerca a la cocina y prende el fogón. Está cansada de comer sopa de verduras y pan, añora el único día del año en que su madre lleva pastel a casa desde hace 16 años. *Pastel de zanahoria, pastel de zanahoria, pastel de zanahoria...* Adoración se acerca al tiempo que la adolescente da un paso atrás como si quisiera ocultarse.

—¿Está fría?

—Sí, mamá.

—Maldita, chamaca. ¿Cuántas veces te tengo que repetir que calientes la sopa antes de que llegue?, ¿eh?

—Sí, mamá

—Uno llega bien cansada de lavar baños ajenos, de limpiar la caca de otros y tu aquí de floja.

—Perdón mamá.

—¡Qué perdón ni que ocho cuartos! Pásame el pan en lo que se calienta.

Las tardes para María Magdalena son eternas. Añora el tiempo en soledad frente a su amada ventana. Los ronquidos de su madre se mezclan con el chillido de la mecedora en donde descansa el robusto cuerpo. Los primeros minutos se concentra en las imágenes percibidas durante el día: la bicicleta, los hombros, la mazorca; sonrío sin importarle el sonido ambiental. Conforme pasa el tiempo, su mente se vacía y su estómago padece malestar de desaprobación.

Mañana será distinto, intenta consolarse mientras Adoración abre los ojos y limpia la saliva que escurre por la barbilla. *Muévete, que la casa no se limpia sola*. María Magdalena toma el trapeador y comienza a limpiar su coraje en agua turbia. Movimientos lentos y repetitivos para dilatar la tarea hasta el anochecer y postergar la ausencia de actividad que la obliga a encontrarse frente a frente con su madre. Primero la habitación y el baño, luego la cocina, por último, la sala, en donde se infecta la rabia.

El calor que entra por la habitación la mantiene en vigilia. Sólo finge dormir durante las numerosas ocasiones en que Adoración se despierta para ir al baño. El resto de la noche le marea el sonido del tictac con la vista fija en los

ladrillos de la pared. El cansancio le hace percibir su cuerpo de hierro, asoma una pierna por la sábana con dificultad de movimiento como si su voluntad hubiera abandonado la carne. Imagina a la chica de la bicicleta en la cama de al lado, se estremece con la masa sin forma que ocupa su lugar.

En el pueblo todos murmuran. María Magdalena se escapó de casa mientras su madre trabajaba y se metió a la botica de la esquina. Ahí la esperaba Pedro, el mozo, para robarle su virginidad. *Yo la vi salir por esa puerta con la falda toda arrugada y pelos de loca. Su madre ha de estar que se la lleva el diablo. Mira tan seriecita que se veía la chiquilla. Es igual de puta que su madre que se embarazó de un casado. Todo se paga en esta vida, a ver ahora qué hace con un chamaco. No creo que el Pedro se haga responsable, el pobre ni siquiera puede hablar, está más mudo que una jirafa.*

–Buenos días Adoración.

–Buenas padre.

–Necesito hablar contigo, hay rumores muy fuertes.

Me preocupa María Magdalena.

—¿Rumores? Si la chamaca no sale de casa. ¿Qué rumores puede haber? Maldita gente que no tiene nada que hacer más que andarse metiendo en la vida de otros.

—Dicen que salió mientras estabas lavando la casa de Carmelita para meterse a la botica de la esquina.

—No, la Magdalena está bien encerradita.

—Escucha, Adoración. María Magdalena encontró la forma de escaparse para visitar a Pedro, el mudo. Ahí tuvieron relaciones pecaminosas. La vieron salir con la falda manchada de sangre.

—Ah padrecito, sino me lo dice usted, la mera verdad no lo creo.

—Hable con ella, debe contraer nupcias lo antes posible.

—Eso haré, padre.

Los sonidos abdominales que provoca el hambre de Adoración cesan, ahora siente dolor en el vientre. No corre a casa como lo hace usualmente al terminar la jornada, se detiene en una banca y se sienta torpemente. Percibe su aliento agrio como las noticias que acaba de recibir. *No es posible, debe ser un chisme. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo puedo limpiar su honra? Lo único que he hecho desde que*

*nació fue protegerla y la malagradecida me paga con esto.
Por lo menos se encontró a alguien de su calaña, el mudo
baboso va a tener que guardar el secreto.*

Al levantarse de la banca siente un mareo que la hace titubear, pero no es momento de ser débil. Se encamina a la botica en donde Juan, el encargado, atiende a una señora con voz ronca. Se detiene a observar el lugar. Atrás de los estantes abarrotados de pastillas y jarabes ve a Pedro de rodillas lavando el piso. Se sostiene de la orilla del mostrador para no desvanecer.

—¿Se siente bien Adoración? ¿En qué puedo ayudarla?, dice Juan.

—Necesito hablar con el Pedro.

—Uy señora, eso va a estar complicado. Es mudo el pobre, desde que nació.

—¿Y usted cómo se comunica con él?

—Sólo le enseño lo que debe hacer. Ni escribir sabe y el lenguaje a señas nunca lo quiso aprender. Sí la escucha, no es tan tonto el muchacho. Pero no creo que le pueda responder.

—¿Ha visto a mi hija por aquí?

—Ya sé por dónde va. Martino, el borracho, dice que vio salir a María Magdalena de aquí mientras yo estaba fuera. Pero ese güey está más tocado que nada. Yo la verdad, no creo que el Pedrito ande haciendo esas cosas. Con todo respeto, lo conozco desde niño y es un buen mozo. Pregúntele a su hija, ella le podrá decir la verdad.

—Ándele pues, ya mejor me voy a casa para hablar con la chamaca.

—Sí, señora. Va a ver que puro chisme.

Por primera vez en 16 años, Adoración no quiere estar a solas con su hija. Siente miedo de que le confiese que los rumores del pueblo son ciertos pero lo que realmente le genera pavor, es que lo niegue. *¿Debo creer en ella?* Imágenes de juventud, cuando encontró el amor en brazos de un hombre, comienzan a suceder. *No, yo jamás le hubiera confesado a mis padres que me cogí a alguien, me hubieran destrozado la cara de un puñetazo.*

Abre la puerta de casa y lo primero que ve es a María Magdalena frente al fogón. La mesa preparada, dos vasos de agua de limón y un florero roto que lleva años aguardando vida en su interior. El olor a sopa le revuelve el estómago, pero se sienta en espera de un plato lleno sin

decir una palabra. Avienta las chanclas de plástico y espera a que su hija le traiga sus viejas pantuflas.

–Ya está caliente la sopa, María Magdalena rompe el silencio.

–Vaya, por fin.

–¿Qué te pasa mamá? ¿Estás cansada?

–Pues claro, a mi edad tengo que seguir matándome para darte de tragar.

–Yo podría ayudarte.

–Lo único que quieres es salir de aquí para andar de puta, ¿verdad?

–No, mamá.

–¿Conoces a Pedro, el de la botica?

–No.

–Pues andan diciendo que te fuiste a acostar con él.

–¿Acostar? No mamá, lo juro. Pero, ¿cómo? Si ni puedo salir.

–Lo mismo me pregunto, chamaca.

–Jamás haría algo así, lo juro.

–Dios castiga a las personas que juran cosas que no son ciertas. ¿Quieres irte al infierno?

—No, mamá. Lo juro por lo más sagrado. Yo no he salido de aquí.

—Esta sopa sabe horrible. Déjame en paz, quiero descansar.

Adoración se despierta más temprano que de costumbre. Tiene que cruzar todo el pueblo para llegar a casa del doctor quien la espera con un café en la mano, una bata amarillenta y una bufanda que cuelga del cuello. El consultorio está adornado por un letrero que dice: *Jesús, médico del cuerpo y alma, concede la salud y la paz a los enfermos.*

—Buenos días Adoración. Me sorprendió tanta urgencia por verme. ¿Ya por fin se va a hacer sus exámenes?

—No doctor. Tengo un problema muy grave.

—Tranquila, que Dios todo resuelve.

—Es mi hija, María Magdalena. Andan diciendo que perdió la virginidad y yo la verdad necesito saber si es cierto.

—Ay Adoración, pues hable con ella.

—Necesito que la examine y me dé una constancia para callarle la boca a la bola de mentirosos.

—Yo no puedo revisarla si ella no quiere.

–Ella tiene que aceptar, faltaba más.

–Vamos a hacer esto, traiga a la chica, yo necesito hablar primero con ella antes que nada.

–Es un caso especial, doctor.

–No te preocupes Adoración. Ya sabes que los doctores como los sacerdotes guardamos secretos. Pero sí es bueno revisarla para descartar un embarazo.

–Ni Dios lo mande.

–Sólo Dios sabe por qué hace las cosas. Tranquila que María Magdalena ya no es una niña.

–¿En serio guardará el secreto?

–Prometido.

María Magdalena no recuerda la última vez que salió, quizá era niña o bebé. Sus sentidos se despiertan con cada imagen, sonido y olor que percibe. Es muy temprano en Ánimas, la gente aún no sale de casa, sólo hay algunos madrugadores barriendo la calle, tratando de quitar el polvo que niega disolverse, ser parte del pasado.

El contraste de las casas blancas con techos rojos, le hacen recordar a las gallinas que escapan para encontrar libertad y que mira desde su ventana. A veces se identifica

con ellas. Los balcones abiertos de los hogares, le adentran en la intimidad familiar de los pueblerinos. A través de un marco observa a dos niños concentrados en un plato de cereal, se le antoja sentarse a su lado, saber su nombre, conocer su historia. *Seguro el más pequeño se llama Rosendo*, el nombre que Adoración pronuncia en sueños, y que ella usa para referirse a su papá en pensamientos.

Al fondo hay una casa amarilla que no combina con el resto. De ahí sale una señora en bata floreada que besa efusivamente a su marido como ritual de despedida. Se le antoja que alguien la acaricie igual, la mire con ojos risueños, regrese a sus brazos después de la jornada laboral. Se pregunta si algún día conocerá a un hombre dispuesto a estar con ella. Mientras su madre viva, no será posible.

¿Y si me voy corriendo? Dejo a mi madre y corro sin mirar atrás. No, no puedo hacerle eso. Ya está vieja, no creo que sobreviviría sola. Tal vez se moriría de tristeza. Seguro que no me alcanzaría si corro rápido. En menos de 20 minutos la dejaría atrás y podría comenzar una vida nueva. Jamás me lo perdonaría. Soy lo único que tiene. No creo que a Dios le gustaría eso, piensa mientras una bicicleta que carga una charola con pan interrumpe sus pensamien-

tos. Es el mismo olor del pastel de zanahoria que tanto anhela. Quiere correr tras del vehículo, levantar el plástico que cubre el manjar, devorarlo todo, pero termina apretando el paso al tiempo que su madre la jala del suéter.

—Ándale, movidita que tenemos que llegar antes de las 7.

El sonido de una motocicleta que reparte periódicos la sobresalta. *¿Cómo le hace esa bicicleta para ir tan rápido?*, reflexiona. *Ojalá pudiera subirme y huir lejos.* Al cielo, como los pájaros que reposan en un cable de luz a medio caer. El horizonte anaranjado le da un brillo especial a su cabello, toma un mechón con sus manos y ve el negro azabache. Imagina que todos la perciben bonita mientras pasa cerca de un grupo de albañiles que preparan una mezcla grisácea. En realidad, quienes conocen a su madre, la observan curiosos de verla en compañía.

Sus pies comienzan a doler, las sandalias de plástico que le compra Adoración no son cómodas para caminar distancias largas. No dice nada, sigue su paso al tiempo que una ampolla se forma en su tobillo. Mira las piernas de una joven apresurada, siempre le han gustado las extremidades, le llama la atención que no tienen vello, son lisas co-